

MARIANO IBERICO, FILOSOFO
DE LAS PROFUNDIDADES

Por Francisco Miró Quesada

(Discurso pronunciado en nombre de la Academia Peruana de la Lengua, en el homenaje al Académico don Mariano Iberico en el 80º aniversario de su nacimiento)

Allí estaba delante de mí. Delgado, fino, modesto. Su presencia no tenía la pedante agresión del profesor que se siente serlo, sino la irradiación envolvente del maestro cuyo único afán es revelar el mundo maravilloso en que vive.

Era mi primer día en San Marcos. Después de haber cursado Letras en la Católica, me había trasladado a la vieja casona atraído por los grandes nombres y por una vieja tradición familiar. El nombre más famoso de la filosofía sanmarquina, era el suyo. Y allí lo tenía ahora, disponiéndose a hablar. Mariano Iberico iba a comenzar la primera clase del curso de Historia de la Filosofía Antigua. Era el mes de Mayo de 1938.

Comenzó con la filosofía eléatica, Parménides, el primer filósofo que nos habla del ser, y de la razón como apertura hacia el ser, que nos dice que el ser y la razón son la mis-

ma cosa. Parménides, el hombre que impone un sello definitivo al pensamiento del hombre, la fuente originaria, la gonada fecunda de nuestro propio mundo.

Su voz dorada llenaba la clase, no con palabras retumbantes sino con rítmicas modulaciones poéticas. Era como si una suave corriente marina arrastrara nuestro barco sin esfuerzo hacia nuevos derroteros. El silencio del auditorio era absoluto. Era imposible no escucharlo. Hablaba por inspiración a pesar de que nos comunicaba conocimientos. Nunca había escuchado ni visto algo semejante: comunicar la ciencia por medio de la poesía.

Parménides, Empédocles, los presocráticos, y luego Platón. Cuando abordamos al más grande de los filósofos, el curso llegó a alturas zenitales. El mundo increíble de Platón se desplegó ante nosotros como una sinfonía de ideas. La crítica de los sofistas, la crítica del conocimiento sensible, la ascensión al mundo de las ideas, la mimesis, la métesis. La alegoría de la caverna, el transcurrir de las sombras, el trabajoso camino hacia la luz, el deslumbramiento del gran mediodía, cuando refulge la verdad, la liberación final.

Y así, día tras día, avanzábamos por un sendero de maravilla, envueltos en ideas y en poesía, ebrios de forma, asombrados por el fondo que se revelaba, abismático. Un curso sin nubes, sin oscuridades, en el que se vivía plenamente la aventura del filosofar y se bebía con avidez la diáfana revelación de un mundo de belleza deslumbrante y de profundidad insondable.

Era imposible pasar por el curso de Mariano Iberico sin recibir una influencia definitiva. Sobre todo si se escuchaba al maestro en la edad de las primeras vocaciones. Fue ese año, precisamente, 1938, cuando decidí dedicar mi vida a la filosofía. Y no me cabe la menor duda de que la enseñanza de Mariano Iberico constituyó un factor importante en mi decisión. Su importancia fue doble. De un

lado intensificó la impresión que tuve desde mi primer año de Universidad, de que quien ama de verdad el conocimiento tiene que terminar, tarde o temprano, en la filosofía. De otro lado, me reveló un hecho fundamental que, tal vez, si no hubiera sido por las enseñanzas del maestro, nunca habría captado: que la verdad no puede separarse de la belleza, que la razón no puede prescindir del ser, que el rigor intelectual, por más grande y perfecto que sea se sostiene, en último término, en el mundo del misterio, que la opacidad es condición indispensable para que la luz del conocimiento refracte la verdad última de las cosas.

Ya en ese entonces, estaba convencido de que el conocimiento debe ser riguroso. Creía firmemente, y lo creo hoy más que nunca, que el ideal de todo conocimiento debe ser la claridad, la exactitud, el rigor. Y creía también que el ideal de claridad y rigor era difícil de alcanzar. El tiempo confirmó mis creencias. Por lo menos en lo que a mí concierne, sólo a través de una larga *askesis* logré aproximarme, aunque de manera limitada y modesta, al ideal de exactitud que me había forjado. Conforme avanzaba en el camino emprendido, iba descubriendo mundos extraordinarios, sistemas simbólicos, métodos algorítmicos, productos de las más modernas conquistas de la razón, que permitían poner en tela de juicio las grandes teorías clásicas y que abrían vetas nuevas a la exploración de la verdad. Pero el descubrimiento y la aplicación de estos métodos significaban un peligro, un grave riesgo. La persecución del rigor, como la pesca submarina, produce una especie de mareo. El pescador submarino, fascinado por el espectáculo que descubre, se hunde cada vez más en el verdoso penitral del mar hasta que termina por perderse para siempre. De la misma manera el filósofo que persigue el rigor se emborracha de símbolos, de estructuras lógicas, de sistemas y teorías hasta que se pierde en la zarabanda sin término de las

fórmulas. Puede entonces alcanzar conocimientos rigurosos, pero no logra instalarse en lo profundo. El rigor tiene un límite. Puede, por cierto, llegar muy lejos, puede incluso avanzar sin término. Pero nunca puede llegar a la meta. La aventura del rigor intelectual nunca termina. Quien se emborracha de rigor, pierde el sentido de la aventura y cree que ha logrado conquistar la verdad definitiva. Por eso podrá tal vez llegar a ser científico, pero nunca cuajará en filósofo auténtico.

El positivismo moderno es la manifestación más saltante de este dogmatismo del rigor. Todo lo que no es exacto, matemático, lógico, es eliminado de un plumazo. Todo lo que no satisface las exigencias del conocimiento perfecto es declarado sin sentido. La filosofía es podada hasta perder sus ramas y sus flores. Llega un momento en que no queda nada y en que, como todo ha perdido sentido, los propios podadores dejan de comprender lo que están haciendo. Hoy día sabemos que los positivistas, que odiaban la metafísica porque no era capaz de ofrecer proposiciones científicas, no hacían sino presuponer una metafísica más oscura que la que ellos mismos rechazaban. En la actualidad se considera una conquista que los positivistas comiencen a dejar de serlo y empiecen a reconocer el valor de las grandes tradiciones filosóficas.

Debo a Mariano Iberico no haber caído nunca en el círculo vicioso del rigor. Debo a su verbo inspirado, a su profundo conocimiento de lo que verdaderamente es la filosofía, el haber comprendido siempre que, por más que se haga, por más que se avance, hay siempre algo que nos rebasa. Al unir la verdad con la belleza, al revelarnos el poder del lenguaje literario para expresar el conocimiento objetivo, nos mostró que, más allá de ciertos límites, la razón científica pierde piso, y sólo puede seguir avanzando la razón poética. Mariano Iberico nos reveló a través de su

enseñanza, la verdad de que, llegado a ciertas profundidades, el pensamiento sólo puede avanzar por medio de la metáfora y de la figura literaria. Tal vez, por eso, nadie como él ha escrito sobre el significado de la metáfora. Conforme fuí avanzando por el camino del rigor fuí comprendiendo que, debajo de las fórmulas, está lo que les da sentido y que su rigor depende de fuerzas y dinamismos racionales que permiten alcanzar el conocimiento exacto en relación a la superficie, pero que, por eso mismo, no pueden ser conocidos con exactitud.

Pero Mariano Iberico no nos hizo conocer solamente la parte negativa de la profundidad filosófica, el hecho indiscutible de que la claridad y la luz se fundan en abismos insondables. Nos hizo conocer también su aspecto positivo, nos hizo comprender que, sin la belleza de la forma y del verbo, no puede ascenderse a las grandes verdades. Nos hizo ver que hay un "rigor" de la belleza que permite avanzar más lejos que el concepto, que hay ciertas ideas supremas, ciertas verdades definitivas que sólo pueden captarse poéticamente. Nos hizo comprender que, en última instancia, pensamiento y poesía, filosofía y literatura provienen de una fuente común.

En su libro más reciente: *La Aparición Histórica*, nos dice, después de hacer un análisis magistral del famoso poema de Quevedo sobre Roma, que existen dos semánticas: una semántica de diccionario en que las palabras se definen por los caracteres lógicos de los conceptos que ellas encarnan y una semántica de la mística y de la poesía, en la cual las palabras poseen una significación ambivalente y pueden expresar al mismo tiempo opuestos lógicos o empíricos: el sí y el no, el ser y el no ser, el negro y el blanco, etc. Por eso, cuando San Juan de la Cruz habla de "música callada", la palabra "música" significa, al mismo tiempo y en plena violación del principio de identidad: sonido y silencio. Y

cuando Quevedo habla de “lo fugitivo que permanece y dura”, la palabra “fugitivo” significa, a la vez, lo que fuga y lo que queda.

La filosofía y la ciencia han desarrollado al máximo la semántica de diccionario. Tan es así, que hoy día cuando se analiza el concepto de teoría con rigor, se habla del *alfabeto* o *diccionario* de la teoría que es el conjunto de sus términos primitivos. Este análisis del concepto de teoría ha permitido calar muy hondo en el sentido del conocimiento científico. Pero su análisis, llevado hasta las últimas consecuencias, nos muestra que una teoría sólo puede servir para algo si se interpreta debidamente su “diccionario” y al hacer esto es imposible eliminar los significados intuitivos. Estos significados llevan, de manera inevitable, hacia determinados simbolismos, hacia ciertas metáforas implícitas, que no son lógicas, que sólo tienen sentido si se interpretan poéticamente. La verdad lógica, como coherencia exacta de los conceptos, remite a la verdad empírica, como coincidencia del pensamiento con las cosas, y la verdad empírica remite a la verdad como revelación, como desvelamiento del ser, como manifestación de lo profundo en la superficie.

Mariano Iberico ha transmitido a sus discípulos esta verdad fundamental. Y la ha podido transmitir, porque él la ha vivido y la sigue viviendo con intensa plenitud. Por eso ha podido trasmitirla no sólo oralmente en sus inolvidables lecciones de historia de la filosofía sino a través de la obra escrita. Y este segundo aporte de Mariano Iberico a la filosofía peruana y latinoamericana, esta influencia en los que hemos leído y estudiado a fondo todas sus obras ha sido probablemente su mayor contribución. Para hacer una filosofía de lo profundo, tal como la entiende Iberico, es necesario utilizar lo más superficial de todo: *el lenguaje*. El lenguaje es apariencia pura, es sonido, fenómeno fluente

que transmite significaciones que flotan en el ámbito de lo colectivo. Si se utiliza el lenguaje en su función cotidiana es imposible revelar las profundidades. El mensaje se queda en la inmediatez de la urgencia, en el cumplimiento de fines puramente prácticos. Si se utiliza en su función científica, si se trata de lograr la máxima coherencia y el más depurado rigor, se avanza mucho más. La objetividad científica permite elevarse sobre la superficie y bucear ya en las profundidades. Permite comprender que las apariencias no existen por sí mismas sino que emergen de un trasfondo que puede conocerse por medio del pensamiento. Pero, debido a la propia estructura del conocimiento científico, la conquista de la profundidad sólo puede ser hipotética. Podemos acercarnos cada vez más a ella sin llegar nunca y siempre bajo la amenaza de que un insignificante hecho, una imperceptible apariencia destruya todo el edificio, nos desvíe irremediabilmente del camino recorrido. Llega un momento en que la única manera de utilizar el lenguaje, la superficie, para llegar a lo profundo, es sacarlo de los rieles que le ha impuesto la vida cotidiana, y de las estructuras sintácticas que le impone su función objetivamente. Para utilizar la superficie y llegar a lo profundo hay que romperla, hay que separar sus delgadas capas moleculares. Cuando la superficie del mar se hiela, la única manera de llegar al agua profunda es romper el hielo que la recubre. La función poética del lenguaje consiste, precisamente, en esto: en romper las estructuras pragmáticas y las estructuras epistémicas de las frases para lograr que las palabras se vuelvan transparentes y nos revelen el fondo de las cosas. La metáfora rompe el orden pragmático, porque se eleva sobre la función lingüística de la pura comunicación de deseos, de afinidades y rechazos. La metáfora, al encontrar analogía en lo diverso, rompe la función inmediata del lenguaje y lo transforma en vínculo de descubrimiento, de trascendencia

hacia la verdadera realidad de las cosas. El estilo, el matiz, es la ruptura de los límites impuestos por la función cognoscitiva del lenguaje. El ideal de objetividad conduce, en el límite, a la desaparición del estilo. El lenguaje objetivo, nos lleva, en último término, a la severidad de la fórmula. Severidad señera, necesaria, pero limitada. El matiz, el estilo personal, trasmite lo que no puede transmitir el arabesco acerado de la fórmula. Y así, a través de la metáfora, del estilo, de la matización, por medio del lenguaje en función poética, el filósofo logra romper el frío de las apariencias y penetrar hasta el fondo cálido y opalescente de las realidades.

Pero una cosa es intentarlo y otra lograrlo. Quienes lo han intentado se han perdido con frecuencia en la fraseología hueca o rimbombante, han reducido a la filosofía a la condición de mala literatura. Sólo alguien dotado de una vigorosa mentalidad teórica y de una extraordinaria capacidad de inspiración poética puede atreverse a intentar la aventura. Sólo un hombre capaz de armonizar de manera absoluta la penetración filosófica con la creación literaria, es capaz de realizar la hazaña y de utilizar lo más superficial, el lenguaje, para apuntar a lo más profundo: el ser de las cosas, el ser del universo. Mariano Iberico lo ha logrado. Toda su obra no es sino un intento admirable, increíblemente bien logrado, de utilizar la capacidad poética del lenguaje para llegar al conocimiento filosófico de la realidad. En su libro más importante *La Aparición*, el maestro alcanza la perfección del proyecto. En el estilo más noble y elegante de la filosofía latinoamericana, logra exponer una filosofía cuya profundidad y originalidad apenas si comienzan a ser comprendidas. Sin lugar a dudas, y sin restarle mérito a otros grandes valores de su generación, Mariano Iberico es de todos ellos el pensador más original de América Latina. Original por el estilo y original por el mensaje filosófico.

Su originalidad resulta de esa perfecta síntesis entre la capacidad poética y la capacidad teórica que se encuentra muy rara vez en la historia de la filosofía. Es esta conjunción de capacidades, esta hermandad de la episteme y de la poiesis, lo que ha permitido a Mariano Iberico, hacer una obra original. Es esta unidad de técnica y de inspiración lo que le ha permitido escribir párrafos como el siguiente, digno de figurar en las mejores antologías filosóficas: "... en la propia opacidad, hay una paradójica transparencia ya que toda aparición es vehículo de sentido y revelación de ser. La pura opacidad sería la negación de todo conocimiento, de toda interpretación ya sea semántica, ya sea científica del aparecer —nos llevaría a la ceguera absoluta, y por la vía de la negación a un resultado semejante si no idéntico al que se obtendría con la perfecta transparencia, o sea una pura homogeneidad contraria a la esencia de la aparición.

"... Pero como el aparecer no se da en un plano único, sino en planos que se diría concéntricos, la luz primitiva del ser, se diversifica y polariza y así no todas las formas del aparecer revelan el ser directamente; algunas lo aluden oblicuamente. Como el arco iris que en la policromía mágica de su aparición da testimonio misterioso, alusivo del sol ya oculto....